

PADRE NUESTRO

MOTIVACIONES

Nos encontramos en el último de los cursos antes de comenzar el tercer milenio, para el que nos estamos preparando desde hace tiempo. A todos debe animarnos esta idea para que lo aprovechemos bien, para que cada día que el Señor nos dé sea motivo de un compromiso mayor con el mundo en el que vivimos.

Tal como ha pedido el Santo Padre para este año, el Consejo Diocesano de Acción Católica General de Madrid ha preparado este material que tiene como centro de atención a la Primera Persona de la Santísima Trinidad, al Padre. No nos cuesta a los cristianos invocar a Dios como Padre; de hecho la oración más característica de los que invocamos el nombre del Señor Jesús es el 'Padrenuestro', oración que nos enseñó el mismo Cristo.

El fundamento de la vida cristiana está en sabernos hijos de Dios. La filiación divina da sentido a toda nuestra espiritualidad y a nuestro compromiso apostólico. La encarnación del Verbo nos introduce en la vida íntima de Dios, haciéndonos pertenecer a su familia, a la gran familia de los hijos de Dios, que formamos todos los bautizados.

San Juan es el teólogo de la paternidad divina, y se le llena el corazón y la boca de alegría al exclamar ¡somos hijos de Dios! El hombre no anda perdido, abandonado, solo. Dios es nuestro Padre, nos ha querido hacer hijos suyos, no por los méritos que nosotros podemos presentarle, sino gratuitamente, por un puro acto de amor. ¡Somos hijos de Dios! El Señor nos ha adoptado como suyos ('Tú eres mi hijo'), pero no al modo de la adopción jurídica humana. Es realmente nuestro Padre, porque al adoptarnos nos ha dado su naturaleza, nos da la gracia.

La vida del cristiano, hijo de Dios, se transforma en algo nuevo, algo distinto. Su vida recobra un sentido maravilloso, el de la participación en la vida de Cristo. Se adquiere una visión nueva de la realidad en la que nos movemos: la visión sobrenatural de la vida, de los acontecimientos, que se convierten, incluso en sus realidades más pequeñas, en motivo de encuentro con Dios, en oración.

Sabernos hijos de Dios nos da una profunda confianza. No tememos a nadie ni a nada: 'Si Dios está conmigo ¿Quién contra mí?' Confianza porque sé que Dios no puede permitir que un hijo suyo salga perjudicado. Incluso la prueba, el dolor, la enfermedad, se nos presentan como una bendición que nos ayuda a crecer como personas y como cristianos: 'todo es bueno para el que cree'.

La filiación divina nos hace vivir con verdadera alegría, que ya no es la alegría del hombre que tiene todas las necesidades cubiertas, sino la alegría profunda que da el saber que Dios no es un ser lejano, ajeno a la vida de los hombres y, en concreto, a la mía, sino que me ama hasta el punto de haberme creado y, desde toda la eternidad, habermne elegido y hecho hijo suyo. ¡Es mi Padre!

¡Cuántas veces la vanidad del hombre le lleva a presumir de parentescos, amistades o relaciones con personalidades del mundo de la cultura, la política, la vida social o de la farándula! Sin embargo los bautizados tenemos un motivo verdaderamente importante para sabernos importantes, valorados, ricos, honrados: ¡somos los hijos de Dios!

No nos cansemos de repetírnoslo. El militante de Acción Católica sabe que su compromiso apostólico tiene sentido, a pesar de las dificultades; que la Revisión de Vida tiene un fin claro: identificarnos con el querer de nuestro Padre Dios; que su vida es importante, es la de un hijo de Dios, y por ello también de la Virgen María.

TEMA 1 - CREO EN DIOS PADRE

"Yo soy el que soy" (Ex 3, 13)

OBJETIVO

Ser conscientes del inmenso tesoro que tenemos al haber sido creados por el Padre Celestial, a quien gracias a Cristo podemos llamar Abbá (Padre).

INTRODUCCIÓN

Toda nuestra vida parte de Dios Padre. Por Él fuimos creados y Él nos amó desde el principio. Él ¡lleva cuenta de nuestros cabellos! Todo se lo debemos a Él. Mas si todo parte de Él, nuestra vida de fe, aún más. Al ser bautizados, lo somos "en el nombre del Padre". La Eucaristía comienza de igual manera. La oración más importante de los cristianos comienza: "Padre nuestro...".

Cuando Dios revela su nombre a Israel y le dice a Moisés "Yo soy el que soy", Dios está revelando su esencia, su identidad, su sentido, mostrándose como lo que es: nuestro Dios. Manifiesta además su fidelidad para con su pueblo. "Yo estaré contigo", se lee en el Éxodo, y, a pesar de las continuas infidelidades de su pueblo, Él permanece fiel y "mantiene su amor por mil generaciones" (Ex 34, 7).

Ante tal grandeza, nosotros comprobamos verdaderamente nuestra pequeñez. ¡Qué poco acostumbrado está el hombre de hoy a declararse inferior a nadie! ¡Qué orgullo más correoso atesoramos en nuestro interior! Por eso, arrastrados e influidos por el ambiente que nos rodea perdemos a veces la dimensión infinita del Creador, Dios-Padre, despreciando la inmensa riqueza de sabernos hijos queridos de Dios, motivo por el que el Papa nos propone la reflexión profunda sobre el Padre en el último año de preparación para el Jubileo del año 2.000 (TMA 49).

El pueblo de Israel no se atrevía a nombrar a Dios, por respeto a su santidad. Nosotros, a veces, tampoco nos atrevemos a nombrarlo y recurrimos a giros realmente 'extraños'. ¿Qué actitud habrá detrás de esta forma de actuar? Reconocer la inmensidad de nuestro Creador no reduce un ápice nuestra dignidad, antes bien, la acrecienta y la trasciende pues somos "la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma" (GS 24).

El conocimiento y el sentimiento de Dios como nuestro Padre no puede dejarnos indiferentes y debe marcar el resto de nuestra vida. Si reconocemos su grandeza, nuestra vida debe estar marcada por la alabanza hacia Él. Si lo sentimos, nuestra vida debe convertirse en una continua acción de gracias ya que todo nos viene de Él.

Si Dios nos ha creado y nos ama a todos por igual ¿quiénes somos nosotros para hacer distinciones? En su amor descubrimos la verdadera igualdad de todos los hombres, en cuyos rostros debemos descubrirle. Es aquí donde reside la verdadera dignidad de la persona, en ser criatura de Dios.

La fe en un solo Dios nos llevará a usar bien de las cosas creadas, pues somos conscientes de que Él las hizo para todos y no sólo para unos pocos. Del mismo modo esta fe en Dios nos llevará a respetar, amar y cuidar la naturaleza, como obra suya creada para nuestro bien, no pudiendo permanecer impasibles ante su degradación por intereses políticos o comerciales.

Descubrir a Dios como nuestro Padre bueno nos llevará a confiar en Él en toda circunstancia, sobre todo en la adversidad, pues nada que Él permita puede ser para nuestro perjuicio.

Tomando las palabras del Santo Padre, "el jubileo del año 2.000, centrado en la figura de Cristo, llega de este modo a ser un gran acto de alabanza al Padre: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo" (Ef 1, 3).

VER. Partiendo de la vida

1. Buscar hechos de vida en los que hemos sentido plenamente la presencia de Dios Padre en nuestra vida.
2. Hechos de vida que muestren cómo manifestamos a los demás el inmenso gozo que supone sabernos hijos amados de Dios. Mostrar hechos de vida en los que se vea nuestra confianza en Dios Padre en toda circunstancia.
3. Hechos de vida que muestren cómo, al referirnos a Dios Padre, le nombramos con extrañas y ridículas expresiones como 'el jefe', 'el de arriba' o similares y no Padre.
4. Hechos de vida que muestren si estamos preocupados por la degradación de la tierra, criatura de Dios, o por el contrario pensamos que es un tema eminentemente político y que no nos incumbe.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* Al pueblo de Israel Dios se manifestó como lo que es, el Único Dios verdadero (Dt 6, 4-5)

* El Salmo 116 es uno de los textos más hermosos de agradecimiento a Dios, así como el 117 de alabanza.

* La máxima expresión del amor del Padre hacia nosotros la encontramos en Jn 31, 3.

* El uso prudente de las cosas y la gratitud a Dios por ellas lo podemos leer en 1 Tes 4, 1-12.

B) Magisterio de la Iglesia

- * Recomendamos encarecidamente la lectura pausada del CEC en sus números 198 al 227.
- * Como complemento a la lectura anterior citaremos el número 2 de la Lumen Gentium, donde se nos muestra la Iglesia como lugar de encuentro con Dios.
- * La encíclica Dives in misericordia de Juan Pablo II está íntegramente dedicada a Dios 'Rico en misericordia'. Su lectura completa es recomendable a lo largo de un año dedicado al Padre, pero en este tema al menos citaremos su número 2.
- * La dignidad de la persona humana viene dada por ser imagen de Dios (GS 12).
- * La Constitución conciliar Dei Verbum nos habla de cómo Dios se ha revelado al hombre (DV 1-6). Dada la brevedad de este documento aconsejamos su lectura completa.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Es posible que al finalizar el curso pasado adquiriésemos algún compromiso para el verano. Ahora es el tiempo de hacer una revisión profunda del mismo.

Antes de pasar a compromisos concretos para este tema, debemos ver que es el primero de este curso, con lo cual podemos pensar en algún compromiso serio, profundo y estable que abarque nuestra labor apostólica a lo largo de todo el curso. Este compromiso no debe eludir compromisos puntuales en cada tema que nos lleven a cambiar nuestra actitud y a hacernos cada vez más otro Cristo.

Como compromisos para todo el curso podemos pensar en el trabajo dentro de nuestra asociación. ¿Tiene mi Centro alguna necesidad concreta que haya que cubrir? (vocalías, tesorerías, secretariados, etc.). ¿Me he ofrecido a trabajar en ta Comisión Diocesana? (Responsables de vicarías, secretariados, etc.). La revista ASI, ¿tiene en mi Centro responsable? ¿Puedo colaborar de alguna manera (no sólo con mi suscripción, que se nos supone a todos los militantes) para que dicha revista vea la luz mensualmente?

Tal vez podríamos pensar en colaborar asiduamente en alguna de las muchas asociaciones humanitarias que existen, tanto dentro como fuera de la Iglesia.

Como compromiso de cara a este tema podríamos pensar en un testimonio concreto de Dios Padre en el sitio donde más se necesite (con una persona en particular, en nuestro lugar de trabajo o estudios, etc.). También podríamos pensar en acercarnos a esa persona con la que nos cuesta relacionarnos, viendo en ella una criatura querida y amada por Dios. Podríamos pensar en un acto de generosidad, pero trascendiendo lo material y ofreciéndolo como alabanza a Dios.

Como compromiso de grupo para este tema, podríamos pensar en una celebración de alabanza a Dios Padre.

TEMA2 - EL CAMINO HACIA EL PADRE

"Un corazón contrito y humillado, Señor, Tú no lo desprecias"(Sal 50, 19)

OBJETIVO

Asumir la continua conversión del corazón como un paso imprescindible en nuestra peregrinación de la fe.

INTRODUCCIÓN

Todos tenemos experiencia de la fragilidad de nuestra naturaleza. No hace falta que nadie nos abra los ojos para reconocer que en nuestra vida hemos cometido errores. Con un poco de sinceridad que tengamos con nosotros mismos, descubrimos que junto a muchas cosas buenas, pequeñas heroicidades de cumplimiento fiel del deber y de la caridad, hay otras que empañan un poco nuestro buen hacer. Seguramente no son cosas graves, sin duda no han cambiado el rumbo de la historia, en muchos casos ni siquiera se han dado cuenta las personas con las que tratamos asiduamente.

Nuestra reacción ante estos fallos puede ser de tres tipos. Algunos se enfadan consigo mismos, y, además de la culpa que pudieran tener, se martirizan por un sentimiento de rabia por no haber hecho las cosas como debían, por haber fallado ante sí mismos y, a lo mejor, incluso ante otras personas. Otros hacen lo que se suele decir del avestruz: esconden la cabeza bajo tierra y simplemente ignoran los fallos, excusados a veces en que son humanos y todo el mundo tiene derecho a equivocarse. Un tercer tipo de personas, aunque en un principio puedan sentir la tentación de los anteriormente descritos, terminan afrontando la dura realidad de su flaqueza, y se comprometen de nuevo en la lucha por evitar próximas ocasiones, pidiendo perdón, si fuera el caso, a los que se pudieran sentir heridos.

Los primeros en realidad se están dejando llevar por la soberbia y el orgullo. No aceptan sus fallos que consideran impropios de sus personas. En el fondo no han descubierto que la naturaleza del hombre está dañada por el pecado, y que desde el pecado de nuestros primeros padres, la inteligencia y la voluntad humanas no son perfectas. Yerran. Y esta es una verdad que deben asumir.

Los que siguen el ejemplo de los avestruces, pueden dejarse llevar con facilidad del egoísmo, simplemente pensando en sí mismos y en la tranquilidad de su conciencia. Hay un cierto indiferentismo sobre el daño que puedan hacer a los demás. En realidad son personas que viven sin esperanza, sin alegría porque todo les da igual.

El tercer tipo de personas son las que tienen ambiciones nobles, deseo de superación, pero, a la vez, saben que sus solas fuerzas no son suficientes para superar sus errores, que, a pesar de preveerlas, las contrariedades y dificultades van a venir, y no siempre van a ser capaces de llevarlas bien.

Este es el caso del cristiano en su peregrinación en la fe. Estamos llenos de buenos propósitos, de grandes deseos de fidelidad, entrega, servicio, superación personal, crecimiento en la vida interior. Pero el pecado aparece cuando menos nos lo esperamos y hace tambalear todas esas buenas actitudes. No podemos consentir que nuestra reacción sea la descrita en los dos primeros casos. Ni el enfado por no haber conseguido una meta, ni procurar esconder los

errores como si éstos no existieran o fueran insuperables, son actitudes apropiadas para nosotros.

El reconocimiento personal del pecado nos mueve al arrepentimiento, a la contrición. Queremos ser fieles a los compromisos hechos, pero nos sabemos de condición frágil. No podemos vencer las tentaciones por nuestras solas fuerzas (capacidades). El pecado acompaña la vida del hombre. Y, lo que es peor, nos acompañará hasta el mismo momento de la muerte. Si en ocasiones superamos las dificultades es por pura gracia de Dios, por su fortaleza y ayuda, ¿qué habríamos hecho sin su colaboración? El cristiano tiene que ser suficientemente realista para no tener miedo a esta verdad. Lo asume como parte de la naturaleza. Pero acto seguido le pide al Señor 'un corazón contrito y humillado'. Del conocimiento de su fragilidad nace el deseo de volver a Dios, de crecer en el amor de Dios y es el amor al prójimo que le fortalece ante las tentaciones que, sin duda, reaparecerán.

En esto consiste la conversión: volver la mirada a nuestro Padre Dios, después de haber reconocido el pecado, confiando en su misericordia. No hace falta que hayamos hecho una gran barbaridad. La conversión es fruto del amor y el amor no se mide por los hechos heroicos que, en ocasiones, pueden aparecer sino en la heroicidad de vivir la fidelidad al amor en las cosas pequeñas de cada día, en los detalles que muestran ese deseo de entrega generosa en cada momento de la jornada. Debemos mantener un espíritu de conversión continuo deseando que cada momento de nuestra vida sea expresión de nuestra opción por Cristo, y que cuando no lo ha sido seamos capaces de rectificar y cambiar de actitud.

VER. Partiendo de la vida

1. Presentar hechos de vida en los que nuestra reacción ante el pecado ha sido desproporcionada y no ha mostrado nuestra esperanza cristiana.
2. Hechos de vida en los que ante un error propio, nos hemos justificado o incluso hemos hecho culpable a otro de nuestra falta, o por el contrario, hechos de vida que muestren nuestra humildad al reconocer como propio nuestro pecado.
3. Narrar hechos de vida en los que hemos sentido la presencia del Espíritu Santo que nos ha llevado a tener una actitud de conversión continua.
4. Podemos buscar hechos de vida en los que se vea cómo nos afectan las cosas pequeñas en nuestra relación con Dios y como hemos intentado rectificar algún pequeño acto de desamor.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* El Evangelio es una continua llamada a la conversión, especialmente en los comienzos de la vida pública de Jesús: Mt 4, 17; Mc 1, 14; Lc 13, 1-5.

* Con las parábolas el Señor nos expresa la existencia del mal junto al bien y la necesidad de arrancar lo que nos separa de Dios: Mt 13, 24-30; Mt 13, 47-50.

* Sin duda la misericordia de Dios se ve especialmente en las parábolas del hijo pródigo (Lc 15, 1-32) y de la oveja perdida (Mt 18, 12-14).

B) Magisterio de la Iglesia

- * El Espíritu Santo es el que nos anima a la conversión: DeV 42-45.
- * Todos los hombres estamos llamados a la conversión personal y al seguimiento del Señor: AG 13.
- * La primera encíclica de Juan Pablo II (DM) dedica los números 5 y 6 a la parábola del hijo pródigo, convendría que los leyéramos con detenimiento.
- * El Catecismo describe de modo teológico lo que significa la conversión en la vida del cristiano: CEC 1427-1433.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

La conversión es un don de Dios pero que nosotros podemos preparar. Algunos de los compromisos que nos ayudarían a encaminarnos a la conversión podrían ser: dedicar un rato a la oración personal; la meditación de la pasión del Señor; hacer 'a conciencia' el examen diario de conciencia; preparar mejor la dirección espiritual o buscar un director espiritual si todavía no lo tenemos; luchar por adquirir una virtud concreta...

La conversión tiene signos externos, comunitarios, que nos pueden ayudar a hacer algún compromiso de grupo. Todos ellos mostrarán nuestro deseo de vivir mejor la castidad; el espíritu de servicio especialmente con los más cercanos a nosotros o en las tareas menos vistosas que hay en la parroquia o en la Acción Católica; la limosna; la renovación de los compromisos apostólicos; la asistencia más frecuente y de todo el grupo a la Eucaristía.

TEMA 3 - LA MISERICORDIA DEL PADRE

"Dejáos reconciliar con Dios" (2 Cor 5, 20)

OBJETIVO

Renovar nuestra esperanza en la misericordia de Dios, que nunca nos abandona.

INTRODUCCIÓN

Cuando descubrimos la necesidad de la conversión, Dios mete en nuestra alma la luz de la esperanza que nunca defrauda. El concepto de 'pecado' es estrictamente religioso. No es una palabra filosófica ni antropológica, sino religiosa. El pecado es una ofensa a Dios, una transgresión de la voluntad de Dios. No importa la idea de Dios que tengamos, si creemos en la divinidad, sabemos que podemos desobedecerle y por lo tanto pecar; o viceversa, si asumimos nuestra condición de pecadores es porque conocemos la existencia de Dios y nuestra infidelidad a su designio sobre nosotros.

Dios, tal como hemos tenido el don de conocerle los cristianos, es decir el verdadero Dios, nos ha enviado el Espíritu Santo para 'convencer al mundo en lo referente al pecado' (Jn 16, 7). Pero este convencimiento no es un fin en si mismo. Nos muestra la realidad del pecado para otorgarnos su misericordia: 'Cuando por desobediencia perdiste tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que compadecido tendiste la mano a todos para que te encuentre el que te busca (...)Y tanto amaste el mundo, Padre Santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como Salvador a tu único Hijo' (Plegaria IV).

El convencimiento quizá más consolador que conlleva nuestra condición de hijos de Dios, es la confianza absoluta en el perdón de Dios. Nada reconforta tanto al que siente el peso del pecado y de la miseria como la misericordia del Padre. v Al hombre, por la pequeñez de su corazón, le cuesta perdonar. No es necesariamente rencoroso, pero el perdón suele ir acompañado de una prevención ante próximas ofensas. A veces incluso, como san Pedro, nos preguntamos cuántas veces vamos a tener que disculpar las injusticias que sufrimos, o porque nos toca ceder siempre a nosotros. Dios nunca deja de perdonar y de dar una nueva oportunidad: no se cansa del perdón. Es más, busca al pecador cuando parece que tarda en reaccionar, para hacerle agradable el perdón, la vuelta a la gracia del Padre.

Pero entre el perdón que nosotros damos a quien nos ofende y el perdón que nos otorga el Señor hay una diferencia sustancial, nacida de la misma condición creadora de Dios. Su perdón no sólo esconde el pecado, la falta cometida, sino que la borra: deja de existir. Cuando el salmista pide 'dame un corazón nuevo', está realmente pidiendo lo que es propio e intransferible de Dios: cambiar lo que existe por una realidad distinta. El pecador que acude a la misericordia de Dios sabe que Éste no sólo va a mirar hacia otro lado para no ver el pecado, o no sólo va a actuar como si nuestra ofensa no hubiera sido cometida, sino que realmente deja de existir. Si existió anteriormente ahora no hay quien pueda demostrarlo, porque ya no existe.

A veces nos planteamos cómo es posible que Dios siga perdonándonos, cómo puede todavía tener piedad de nosotros cuando no dejamos de ofenderle, quizá sólo levemente, pero reiteradamente. Justamente, como nos dice el salmo 129, con el perdón el Señor infunde

respeto. La muestra de su grandeza y superioridad está justamente en que su misericordia no tiene fin, en que siempre perdona y su fidelidad perdura para siempre.

Recibir el perdón de Dios es relativamente fácil, y sin embargo nos cuesta. Sin duda si el Señor hubiera puesto como condición para concedernos su perdón un acto heroico (peregrinar a Tierra Santa, vivir la cuaresma en ayuno y abstinencia, dedicar el tiempo de descanso a la oración o a la atención de los necesitados...) valoraríamos más su perdón. Como el perdón se nos concede a través de un sacramento que, además, podemos recibir con la frecuencia que necesitemos y queramos, parece que minusvaloramos ese perdón, y retrasamos su recepción o excusamos la reconciliación con cierta tranquilidad en el alma.

Un hombre que tiene puestos sus ojos en Dios y que le busca con sinceridad, agradece el don del sacramento de la penitencia. Sabe que no puede dejar de acudir a él por su misma condición humana, que es siempre pecadora, y a pesar de la pequeña humillación que nos exige, procura vivirlo con frecuencia. Por supuesto siempre que sea necesario para recuperar la Gracia de Dios y poder comulgar, pero también cuando, por la misericordia de Dios, no hay ofensas graves. El sacramento de la penitencia es fortaleza para quien quiere vivir conforme a Dios.

VER. Partiendo de la vida

1. Narrar hechos de vida referentes a algún momento de oración en la que hayamos experimentado la misericordia de Dios y la paz que ha dejado en nuestra alma. Hechos de vida que dejen traslucir el agradecimiento y la paz que nos da habernos confesado.
2. Presentar hechos de vida en los que al otorgar el perdón a una persona hemos imitado la misericordia de Dios, considerando la ofensa como si nunca hubiera existido; por el contrario, hechos en los que el rencor o la intransigencia hayan supuesto para nosotros un serio obstáculo para perdonar.
3. Presentar hechos de vida en los que podamos analizar nuestra actitud al ser perdonados, tanto por Dios como por alguno de nuestros hermanos.
4. Hechos de vida en los que hayamos retrasado voluntariamente el acudir al sacramento de la penitencia, al perdón de Dios. Analizar si fue por miedo a no ser perdonado, por vergüenza de reconocermos pecador, por no valorar el sacramento...

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* El Señor no ha venido a buscar a los justos o sanos sino a los pecadores y enfermos: Mt 9, 9-13; Lc 7, 31-35; 19, 1-11; Lc 7, 36-50; Jn 8, 3-11.

* Los salmos son una alabanza a la misericordia de Dios: Sal 22, 6; 25, 3; 32, 22; 62, 4; 137, 8; 118, 41; 116, 2.

* Jesús transmite a los apóstoles el poder de perdonar: Mt 18, 18; Jn 20, 23.

B) Magisterio de la Iglesia

* El Catecismo de la Iglesia Católica habla en diversas ocasiones de la misericordia de Dios, por ejemplo se pueden leer los números 210-211 y 410-412. También de la muerte de Cristo para el perdón de los pecados, n° 601-604 y 608 y siguientes. Del sacramento de la penitencia habla en los n°. 1422-1484.

* La segunda parte de la encíclica *Dominum et vivificantem* la dedica Juan Pablo II al texto de Jn 16,7s que se mencionaba en la introducción.

* Hay dos documentos pontificios de importancia en este tema. Aunque sería bueno leerlos enteros, se recomiendan los números aquí citados: *Dives in misericordia*, 1-2; 7-9 y 13-14. *Reconciliatio et poenitentia*, 19-22; 28-31.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Cada uno debe dejar que el Espíritu Santo le sopla el compromiso que mejor se acomode a su situación. Como grupo se puede realizar una oración dando gracias a Dios por su misericordia o, ante los pecados de todos los hombres, un acto de oración pidiendo esa misericordia. También podemos comprometernos a acudir a una celebración comunitaria de la penitencia.

Si los miembros del grupo suelen confesarse con cierta frecuencia podría concretarse el compromiso personal en preparar mejor la próxima confesión o en dedicar un rato a dar gracias a Dios por su misericordia al concluir la confesión. En otro orden de cosas, un compromiso personal importante podría ser intentar perdonar cuanto antes a aquellas personas que nos hayan ofendido, sin dejar lugar al rencor o a la soberbia.

TEMA4 - DIOS ES AMOR

"Por encima de todo revestios de la caridad" (Col 3, 14)

OBJETIVO

Reafirmarnos en la caridad, síntesis de la vida moral de creyente.

INTRODUCCIÓN

La Sagrada Escritura, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, es un canto de alabanza al amor de Dios por el hombre y una invitación a que el hombre responda a ese amor con su propio amor. Según Jesucristo el precepto de la caridad es el resumen y cumplimiento de la ley entera y de los profetas. Quien vive según el amor, no tiene que preocuparse de nada más. La Iglesia ha denominado al mandamiento del amor al prójimo el mandamiento nuevo de Jesús, porque es el que nos lo pone como un verdadero y comprometido precepto que no podemos olvidar. Es más, viviendo este mandamiento nuevo el cristiano se presenta como tal, como discípulo del Señor, como creyente.

El dilema que se nos presenta a los cristianos al hablar de la caridad es que en ocasiones nos parece imposible poder llegar a vivirla. Y la razón no estriba tanto en las exigencias que conlleva, que evidentemente son muchas, como en el fundamento en el que nos apoyamos para vivirla. En muchas ocasiones pensamos que con nuestras solas fuerzas o por el peso del compromiso que nos hemos puesto somos capaces de vivir la virtud de la caridad. Y erramos. El hombre, que tiene sobre sus espaldas la pobreza del pecado, no tiene ni fortaleza ni resortes humanos suficientes para vivir siempre la caridad tanto con Dios como con el prójimo.

Es Dios, debe ser Él quien nos dé la fuerza y la razón de vivir esta virtud. Como dice Juan en su primera carta, Dios es amor, y nuestro amor a El y a nuestros hermanos los hombres, no es otra cosa que participar del ser mismo de Dios. A Él debemos acudir para que nos ayude a amarle con todas las veras de nuestro corazón. En El debemos poner nuestro deseo de ser perfectos para ser capaces de amar al prójimo con su mismo amor.

Dicho esto hay que recordar, también, que la caridad no es una virtud simplemente pasiva, que nos viene de Dios y que nosotros debemos esperar como un regalo. La caridad es una virtud exigente y que implica a toda la persona. Aunque parezca una contradicción la caridad es una virtud que exige lucha, una verdadera lucha interior contra nosotros mismos, contra nuestra soberbia, egoísmo, vanidad, rencores, orgulios, pasiones...

De hecho, la santidad no es otra cosa que llegar a la perfección en el amor. Quien viva de ese amor a Dios y al prójimo, se identifica plenamente con él, con su santidad y perfección, por eso la vivencia de esta virtud se dará en su plenitud tan sólo en el cielo, cuando seamos 'semejantes a Él'.

El primer mandamiento, según enseña Cristo, es el amor a Dios. No debe entenderse este amor de una manera mística extraña. Es con el corazón con el que amamos a los hombres con el que tenemos que amar a Dios. Es un amor que se manifestará en las obras que realizamos, en el deseo de estar disponibles a su voluntad, en buscar el trato amistoso con nuestro Padre Dios en la oración y en los sacramentos, en poner los medios para adquirir una sólida formación cristiana que nos ayude a conocerle más y mejor, en buscar ocasiones para darle a

conocer entre nuestros familiares, amigos y conocidos. También en el amor a Dios se debe aplicar el refrán español de 'obras son amores y no buenas razones', y si no hay esas obras, nos debemos cuestionar nuestro amor a Dios. Todos tenemos en nuestra mente las palabras veterotestamentarias de que Dios es celoso y de que el Señor no se conforma con compartir nuestro amor. La expresión más bonita de este amor que se nos pide es la formulación de este mandamiento tal como es escrito en el Deuteronomio y repetido por Jesús: 'Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado' (Dt 6, 4-7).

El amor de Dios exige el amor al prójimo tal como nos dice el apóstol Juan: 'si alguno dice que ama a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso. El que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve. Este es el mandamiento que hemos recibido de El: que el que ame a Dios, ame también a su hermano' (1 Jn 4, 20-21).

Además todos conocemos las exigencias que conlleva este mandamiento, y que describe tan bien san Pablo en el capítulo trece de su primera carta a los corintios. El Señor nos pide que amemos, incluso, a aquellos que nos hacen daño, que nos pueden haber ofendido. Evidentemente es un precepto que sin la ayuda de Dios no podemos vivir en absoluto, pero de lo que no podemos dudar es de que Cristo nos dará toda la gracia necesaria para poder ir viviendo con perfección este mandamiento.

El fundamento de este amor exigente al prójimo no podemos ponerlo en las perfecciones que nuestros hermanos los hombres tienen como dones, porque siempre encontraríamos defectos que excusarían nuestra desafección. El amor al prójimo adquiere todo su sentido cuando su razón de ser está en el amor a Dios. Amamos al prójimo por amor de Dios, porque sabemos que Dios le ama con el mismo amor que a cada uno de nosotros, porque por él también ha muerto Cristo, y por lo tanto, como nosotros, ha sido comprado con la sangre del Señor. Sus defectos y miserias, también las conoce Dios, y, a pesar de ellas, ese hombre y esa mujer, como nos ocurre a nosotros, son amados por Dios, y con ese amor que Dios nos tiene tenemos que amarlos nosotros también: 'Amamos unos a otros como yo os he amado' y, recordemos que el Señor pone la meta muy alta, 'nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus hermanos' (Jn 15, 13), que es lo que Él hizo por nosotros.

VER. Partiendo de la vida

1. Presentar hechos de vida en los que nos haya costado especialmente vivir la caridad con alguna persona determinada.
2. Seguro que tenemos ejemplos de alguna vez en la que hemos podido vivir de un modo heroico nuestra caridad por el prójimo.
3. Podemos recordar alguna ocasión en la que nos ha costado especialmente vivir alguna exigencia del amor de Dios.

4. Podemos buscar hechos de vida en los que se vea cómo nos ayuda a vivir la caridad con el prójimo el amor y la relación que tenemos con Dios nuestro Padre.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* La Escritura habla en muchas ocasiones de la excelencia de la caridad sobre el resto de las virtudes: 1 Cor 13 - 14; 1 Tes 1-3.

* Para vivir en plenitud la ley del Señor, tenemos que cuidar y poner una especial delicadeza en el cumplimiento del precepto de la caridad: Jn 13, 34-35; Rm 13, 8; Ga 6, 10.

* El Señor se nos propone como ejemplo (Jn 13, 1-17) y nos enseña la parábola del buen samaritano (Lc 10, 30-37).

B) Magisterio de la Iglesia

* El amor a los adversarios es descrito en la Constitución Pastoral Gaudium et Spes 28.

* Sobre el primer mandamiento es conveniente leer lo que se dice en el Catecismo de la Iglesia Católica nº 2083 - 2132. Sobre la caridad como virtud, leamos los números 1822 - 1829.

* El amor de Dios se muestra de modo excepcional en la pasión y muerte de Cristo por nosotros. El Papa Juan Pablo II lo describe en su primera encíclica, Dives in misericordia, nº 8

* Juan Pablo II escribió una carta a los jóvenes en 1985, en la que les hablaba del amor de Dios, conviene leer al menos los nº 4 y 7.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

La caridad es la virtud en la que se encierra toda la vida cristiana, por ello no nos será demasiado complicado encontrar un compromiso personal para mejorar en ella. Convendría que el compromiso lo concretáramos en alguna persona cercana a nosotros: un familiar, un compañero de trabajo o de nuestro centro, un amigo, un vecino...

Como grupo o centro tampoco nos será difícil encontrar un compromiso serio y concreto, bien destinado a dar una muestra externa de caridad en alguna institución, bien a ocuparnos de las personas que han pertenecido a nuestro centro y que por enfermedad, edad, trabajo, etc. han tenido que dejar de asistir a nuestras reuniones.

TEMA 5 - LOS POBRES DE YAHVÉ

"Lo que hicisteis con uno de estos, conmigo lo hicisteis" (Mt 25, 40)

OBJETIVO

Entender la atención a los pobres como deber de justicia que debe tender a la total liberación de los hombres: espiritual y material.

INTRODUCCIÓN

Noticias de guerras, de atentados, de catástrofes naturales que dejan sin hogar y sin sustento a miles de personas inocentes; epidemias, pobreza extrema que pisotea la dignidad de otros tantos que ven cómo su vida se va apagando y queda apartada de los bienes que les pertenecen en justicia. Nuestro mundo está desgarrado: por un lado, unos pocos dilapidan la abundancia que no les corresponde y por otro, una multitud de seres humanos reclama, con sus gritos de hambre, la parte de su herencia.

La historia humana está marcada por la experiencia del pecado que tiene como consecuencias la desigualdad, la miseria, la intolerancia, la injusticia, la opresión. Esta triste secuencia "nos conduciría a la desesperación, si Dios hubiera abandonado a su criatura. Pero las promesas divinas de liberación y su victorioso cumplimiento en la muerte y en la resurrección de Cristo, son el fundamento de la gozosa esperanza de la que la comunidad cristiana saca su fuerza para actuar resuelta y eficazmente al servicio del amor, de la justicia y de la paz" (LC, n° 43). v La Iglesia no puede quedar impasible ante este estado de cosas, como no permaneció impasible Cristo, que 'a pesar de su condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, antes bien, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo' (Flp 2, 6-7); de rico, se hizo pobre para que le reconozcamos en los desvalidos, los desheredados, los 'sin hogar:' cuantas veces lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis' (Mt 25, 40). Es entre los pobres donde Jesús encuentra mayor acogida a su mensaje de libertad. Libertad frente al pecado que nos oprime separándonos de Dios, única fuente de realización y felicidad para el hombre; libertad que nos hace capaces de sacudirnos el yugo del amor desordenado a nosotros mismos que, no sólo nos enemista con Dios sino que nos enfrenta a los demás y nos hace verlos como enemigos; libertad que nos hace entender el mandamiento nuevo como entrega amorosa a los hombres, que se plasma especialmente en el servicio a la justicia. Las desigualdades que afectan a tantos hombres y mujeres en todo el mundo, están claramente en contradicción con el Evangelio de Cristo y ningún cristiano puede dejar de preocuparse por este problema y dedicar su vida a su solución.

La labor de la Iglesia en el mundo, al igual que la de su Fundador, debe ser evangelizadora y salvífica. Lo que mueve a la Iglesia a avanzar en su misión es el mismo amor apasionado por la salvación de todo hombre que siente Cristo y que le impele a comunicar a cada ser humano la vida divina que le libere de las ataduras del pecado y eleve su dignidad perdida. Pero no podemos quedarnos aquí. La caridad de Cristo nos urge a conseguir para cada hombre el bienestar temporal. La atención material es parte sustancial de la misión ya que su carencia impide el desarrollo integral del ser humano. Es por eso por lo que la Iglesia no se cansa de denunciar las injusticias ni de empujar a sus fieles al trabajo concreto palpable por los más necesitados. v A imagen del Maestro que, además de enseñar y predicar, curó enfermedades, alivió sufrimientos, repartió limosnas, la Iglesia, desde sus comienzos no ha dejado de ayudar

de una forma integral a los más necesitados. Toda la historia de la Iglesia está salpicada de iniciativas que han tenido esta doble finalidad de atención al alma y al cuerpo: hospitales para peregrinos; centros educativos para niños pobres, para niñas, que en otros tiempos no 'merecían' instrucción; cuidado de ancianos; instituciones para niños abandonados...

En la actualidad, no podemos dejar de fijarnos en obras como la de Cáritas que reparte anualmente millones de pesetas y alivia los sufrimientos físicos y espirituales de miles de personas de toda raza; la labor de las Misioneras de la Caridad de Madre Teresa que se centra en los más pobres entre los pobres; en fin, la de tantos asistentes sociales anónimos que entregan su vida en un despacho parroquial al servicio de Cristo pobre.

Un instrumento insustituible que viene en nuestra ayuda, en este campo de trabajo apostólico, es la doctrina social de la Iglesia. "La enseñanza social de la Iglesia nació del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias -comprendidas en el mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo y en la justicia- con los problemas que surgen en la vida de la sociedad. Se ha constituido en una doctrina, utilizando los recursos del saber y de las ciencias humanas; se proyecta sobre los aspectos éticos de la vida y toma en cuenta los aspectos técnicos de los problemas pero siempre para juzgarlos desde un punto de vista moral" (LC 72).

Esta parte de la enseñanza de la Iglesia pone al servicio de la humanidad principios de reflexión, criterios de juicio y pautas de acción para poder llevar; cabo los urgentes cambios estructurales que lleven al hombre al bien espiritual y material, erradicando condiciones de miseria e injusticia.

Como resumen, este trabajo, la acción caritativa de la Iglesia y de cada cristiano ha de enmarcarse en las bienaventuranzas. Son ellas las que le dan su auténtico sentido: iluminado por las bienaventuranzas, "el compromiso necesario en las tareas temporales al servicio del prójimo y de la comunidad humana, es al mismo tiempo, requerido con urgencia y mantenido en su justa perspectiva. Las bienaventuranzas preservan de la idolatría de los bienes terrenos y de las injusticias que entraña su búsqueda desenfrenada" (LC, 62).

VER. Partiendo de la vida

1. Narrar hechos de vida que muestren nuestra actitud hacia los necesitados: si es de preocupación honda que conduce a la acción, o si por el contrario, es de indiferencia o simple desconocimiento.
2. Hechos de vida que dejen ver si nuestra forma de actuar con los pobres es de simple activismo que se limita sólo a satisfacer necesidades inmediatas de orden temporal.
3. Presentar hechos de vida en los que se observe una preocupación total por la persona, brindando ayuda no sólo material sino también espiritual, en el trato con necesitados.

4. Hechos de vida en los que ante una injusticia hemos sido capaces de denunciarla con valentía y trabajar en su solución; por el contrario, hechos de vida en los que nuestro silencio cobarde haya agravado una situación injusta.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* Jesús se coloca como destinatario de nuestras atenciones o desatenciones a nuestros hermanos necesitados: Mt 25, 31-46.

* En el Evangelio se presenta el apego a las riquezas como importante obstáculo para el seguimiento de Cristo: Lc 18, 18-23; el abandono en la Providencia como norma del cristiano: Lc 12, 22-34.

* Las bienaventuranzas como luz y guía de nuestra acción caritativa: Mt 5, 1-12.

* Zaqueo nos da ejemplo de solidaridad después de su conversión: Lc 19, 1-10; compartir no sólo de lo que sobra sino incluso de lo necesario: Mc 12, 41-44.

B) Magisterio de la Iglesia

* Sobre la relación existente entre justicia y paz, justicia y caridad y sobre la solidaridad como forma de testimonio que se manifiesta con los pobres: SRS 39-48.

* El amor preferencial de la Iglesia por los pobres está magistralmente expuesta en los puntos 66-68 de la instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Libertad cristiana y liberación, que hemos citado varias veces en la introducción. Todo el documento es un tratado sobre la acción social de la Iglesia recomendamos encarecidamente su lectura completa.

* La acción caritativa debe ser distintivo del apostolado cristiano: AA 8.

* El testimonio de vida, el diálogo y la presencia de la caridad son elementos constitutivos de la misión ad gentes: AG 10-12.

* Sobre las bienaventuranzas, léase : CEC 1716-1724. También en el Catecismo hay un precioso estudio sobre justicia social y solidaridad en los números 1928-1942.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

El campo de compromisos que nos brinda este tema es muy amplio. En primer lugar, un compromiso de formación, que puede consistir en el estudio de alguna encíclica de doctrina social de la Iglesia, por ejemplo, Sollicitudo rei socialis o Centesimus annus.

Otro compromiso podría ser integrarse en el grupo de caridad de nuestra parroquia, ayudar en campañas como la 'operación kilo', 'Campaña contra el hambre', colaborar con Cáritas parroquial o diocesana, o informarse sobre alguna ONG para trabajar en ella.

Todos sabemos las necesidades que tiene la Iglesia, no estaría mal en este tema, recordar la obligación moral que tenemos los cristianos de ayudarla económicamente, sobre todo, conociendo tantas obras de caridad como realiza.

Como compromiso de grupo, podría hacerse una visita a algún asilo o comedor de pobres, para conocer la realidad en la que viven, e intentar que se forme un grupo cuyo compromiso apostólico fuera ofrecerse para trabajar en alguno de esos centros.

También como grupo, podríamos asumir el compromiso de socorrer a alguna persona o familia de la parroquia que sepamos que está necesitada.

TEMA 6 - REINO DE DIOS Y REINO DE LOS HOMBRES

"Para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5, 16)

OBJETIVO

Hacernos cada vez más conscientes de que los cristianos tenemos por misión llevar a los **hombres el mensaje de Cristo, sin dejarnos influir por criterios y planteamientos mundanos.**

INTRODUCCIÓN

En nuestros días estamos acostumbrados, por desgracia, a escuchar noticias sobre corrupción de personajes responsables de la vida pública, a recibir mensajes que empujan sin descanso a un consumismo exacerbado, a que el afán de escalar puestos a cualquier precio sea el motor del 'hombre de hoy' y la mentira, su más eficaz arma. Somos testigos de una mentalidad peligrosamente extendida que valora a las personas más por lo que tienen, ya sea recursos económicos, títulos académicos, influencia en los medios de comunicación, etc., que por lo que son. Su dignidad como personas se basa, según estos criterios, no en su origen y destino divinos, no en ser criatura de Dios, irreplicable, por la que Cristo subió a la Cruz, sino en sus riquezas, sean del tipo que sean. Nos vemos rodeados por un ambiente hostil que pretende, en aras del progreso y del mayor bienestar del hombre, destruir al propio hombre, alejándolo de su verdadero camino e introduciéndolo en una espiral de vértigo que desemboca en el vacío.

La civilización occidental, antorcha que guió al mundo durante siglos, ha entrado en una crisis de orden civil y también religioso, que podría conducirla a su destrucción. Sus raíces cristianas, sin las cuales es incomprensible la identidad europea, están siendo socavadas de una forma tenaz y eficazísima. En el plano de lo civil, ideologías secularizadas marcan la vida social: "desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un 'nihilismo' que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo". En cuanto al aspecto religioso, la crisis procede de "la desafección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y comunidades" (JUAN PABLO II, Discurso en el Acto Europeísta, España 1989).

En silencio pero sin descanso, ideas contrarias al verdadero bien del hombre van instalándose en las mentes de las personas que, amparadas en la supuesta bondad de los medios de comunicación o de las instancias sociales, prestan oídos a mensajes que destruyen paulatinamente su escala de valores, alterándola e incluso desterrando de ella cualquier valor universal. Casi sin darnos cuenta, vamos dejándonos atrapar en estas redes que nos desarman desde el punto de vista moral y nos hacen vulnerables a cualquier ataque. Y ahora, vista la situación, ¿cuál debe ser la actitud de un cristiano frente a esta civilización en crisis?, ¿Qué significa, en concreto, ser cristiano en este fin de milenio? El Papa, en su encíclica Tertio Millennio Adveniente, nos da la fórmula para contestar a estas preguntas: "A la crisis de

civilización hay que responder con la civilización del amor, fundada sobre valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización" (TMA 52).

La expresión 'civilización del amor' fue acuñada por Pablo VI en el Año Santo de 1975. El término civilización hace alusión a algo político. Pero no se queda en eso. Es igualmente importante su vertiente humanística: "La civilización pertenece a la historia del hombre, porque corresponde a sus exigencias espirituales y morales: creado a imagen y semejanza de Dios, ha recibido el mundo de manos del Creador con el compromiso de plasmarlo a su propia imagen y semejanza. Precisamente, del cumplimiento de este cometido deriva la civilización, que, en definitiva, no es otra cosa que la humanización del mundo" (Carta a las Familias Graiissimam sanae, 13). El significado actual del término 'civilización del amor' brota de una idea del Concilio Vaticano II, según la cual, es Cristo quien manifiesta al hombre su propia realidad de hombre y la grandeza de la vocación a la que ha sido llamado por Dios (cfr. GS 22); por Dios que es amor, que nos destina al amor y que hace que sólo en el amor podamos aspirar a la plenitud. De este modo, la civilización del amor pasa a ser la fuerza motriz de toda la actividad de la Iglesia y, por consiguiente, de todos y cada uno de los cristianos.

Las armas de la civilización del amor no son otras que la entrega de uno mismo al bien de los hermanos; el servicio a la Verdad, que nos devuelva, plenos de significado, los conceptos de 'libertad', 'persona', 'derechos de la persona', 'amor', etc. "Solamente si la verdad (...) recupera su esplendor, empezará verdaderamente la edificación de la civilización del amor" (Carta a las familias, 13); la alegría, alegrarse con la verdad, acerca a la civilización del amor.

El texto que más luz puede arrojar sobre este tema es, sin duda, el himno a la caridad, de san Pablo, en 1 Cor 13. En él, nos muestra el apóstol un 'camino más excelente': el de la paciencia, el servicio, la humildad, la alegría por la verdad, el perdón, la fe, la esperanza.

Deben hacernos pensar las palabras de Jesús: "vosotros sois la sal de la tierra, pero, si la sal se vuelve sosa...". La sal debe mantener su sabor para cumplir su misión, es decir, los cristianos debemos mantenernos firmes en nuestras convicciones para dar al mundo el sabor que le hace falta. Seremos sal sosa si cedemos al chantaje del mundo y sucumbimos ante sus atractivos; si amoldamos el pensamiento cristiano a los dictados de las modas; si por descuidar nuestra formación no somos capaces de discernir "lo que agrada a Dios, lo bueno, lo perfecto".

Desgraciadamente, no son pocas las veces que nos dejamos vencer, consciente o inconscientemente. Cuántos de nosotros pueden decir que no han mentido nunca en un currículum, exagerando sus conocimientos o trayectorias; quién no ha usado nunca cosas de la empresa para propio beneficio (una fotocopidora, por ejemplo); quién ha tenido siempre sus opiniones firmemente ancladas en la sana doctrina; y así, un larguísimo etcétera. Corremos un constante peligro de perder nuestro sabor y de ese modo sólo serviremos para que nos 'pise la gente'.

Hemos de poner manos a la obra y mostrar al mundo que hay otra forma más humana de hacer las cosas, más conforme con la naturaleza y las necesidades del hombre. Dispongámonos a dar a nuestros hermanos el testimonio de nuestra alegría, de nuestra honradez, de nuestra comprensión, de nuestra sinceridad, de nuestra esperanza en que es posible cambiar las estructuras esclavizantes de la sociedad. Y actuemos haciendo todo lo que

esté en nuestras manos, sin dejarnos amedrentar por miedos infundados o desesperanzas que no son de Dios. Actuemos para no acabar siendo, como dice el Papa, víctimas de los males que nos hemos limitado a observar con indiferencia (cfr. FC 44).

VER. Partiendo de la vida

1. Presentar hechos de vida que muestren cómo el mundo ha ido poco a poco, conformándose a él, cambiando mis convicciones u opiniones. Por el contrario, hechos de vida en los que yo haya dado un testimonio de confrontación con algún criterio mundano sin importarme las modas o los convencionalismos.

2. Hechos de vida en los que la desesperanza en el cambio de la sociedad me haya llevado a la pasividad y a la amargura. Hechos de vida que transparenten una actitud de esperanza activa, que no se para ante las dificultades ni espera frutos inmediatos.

3. Narrar hechos de vida en los que una falta de formación doctrinal me haya impedido hacer ver la postura de la Iglesia en temas polémicos o de interés social. Hechos de vida en los que la oración, propia y de los demás, se haya manifestado como fundamento y motor de mi testimonio de confrontación con el mundo.

4. Hechos de vida que muestren cómo mi actitud frente a la vida, la familia, el sufrimiento, o el trabajo, ha influido en el ánimo de alguno de nuestros hermanos alejados, provocando incluso la conversión.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* Jesucristo nos habla de la misión de ser luz y sal para que los hombres glorifiquen a Dios: Mt 5, 13-16; Lc 9, 50.

* El Maestro nos enseña cómo es primordial el servicio al prójimo: Mc 9, 33-37; Jn 13, 1-20.

* La figura de san Juan Bautista es el perfecto ejemplo de confrontación con las opiniones imperantes, pese a las consecuencias que esto puede acarrear: Mt 14, 3-12; Lc 3, 1-20. El ejemplo contrario lo constituye el joven rico, que no es capaz de sacudirse las ataduras de lo mundano para seguir a Jesús: Mc 10, 17-22.

* San Pablo nos da pautas para que nuestra conducta busque agradar a Dios y no al mundo: Ef 5, 1-20.

B) Magisterio de la Iglesia

* El documento de la Conferencia Episcopal Española, La verdad os hará libres, recoge un magnífico programa 'con el fin de ayudar a renovar el clima de nuestra comunidad cristiana y de la sociedad en que vivimos': VL 50-66. (La verdad os hará libres)

* En la encíclica Evangelium vitae, el Papa expone la forma de anunciar, celebrar y servir el evangelio de la vida, realizando un cambio cultural que lleve la luz de Cristo a todos los hombres. Véase especialmente los números: 78-80; 95-101. " La formación es imprescindible para ser capaces de dar razones de nuestra fe: VL 30-31; ChL 57-60.

* La responsabilidad de promover el bien común y mejorar la sociedad, es algo inherente a la persona humana: CEC 1913-1917.

* Sobre la directa confrontación con lo secular y la urgencia de caminar en la luz y llevar a los otros hasta ella, véase: VS 84-89.

* El Papa nos muestra a Jesucristo saltándose convencionalismos carentes de sentido y anteponiendo siempre la persona a las modas: MD 12-16.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Este tema nos pone, como ningún otro, frente a nuestra realidad de tener que ser distintos de lo que el mundo nos propone. Debemos asumir un compromiso que potencie nuestra actitud de salirnos de los esquemas mundanos, llevando por el mundo el buen olor de Cristo. Individualmente, podemos comprometernos a intervenir en las conversaciones aportando el punto de vista cristiano, siempre bien cimentado en la doctrina de la Iglesia; a atender a los que el mundo margina acercándonos a ellos a través de la asistente social de la parroquia; a ser críticos frente a la TV no contemplando programas 'rosas' en los que se irrumpe en las vidas de las personas para criticarlas y avergonzarías públicamente.

Como compromiso de grupo o de centro proponemos organizar una conferencia o unas jornadas dedicadas a aclarar puntos de la postura de la Iglesia en determinados temas que interesen a la parroquia y al barrio: anticonceptivos, homosexualidad, justicia y recursos económicos, ética profesional, el servicio a la Iglesia y a la sociedad...

TEMA 7 - DIOS, PADRE UNIVERSAL

"Creó Dios al hombre a imagen suya" (Gen 1, 27)

OBJETIVO

Ser conscientes de que todo hombre, sea cual sea su credo, puede tener destellos de la Verdad, pues todos hemos sido creados por Dios a su imagen y semejanza.

INTRODUCCIÓN

En los cursos anteriores hemos dedicado temas a la reflexión y el trabajo por el ecumenismo y por la unidad dentro de la Iglesia. En este curso dedicado a Dios Padre, el Papa nos invita al diálogo con las religiones no cristianas, teniendo unos puestos preeminentes musulmanes y hebreos, las otras dos grandes religiones monoteístas.

Nos puede parecer que de nosotros no depende este diálogo, o que nada podemos hacer, y a veces nos quedamos en los grandes momentos de declaraciones o encuentros del Papa con los máximos representantes de éstas y otras religiones, damos gracias a Dios, rezamos por que todo salga bien y poco más.

Es cierto que de nosotros no dependen los altos niveles de los que hablamos en el párrafo anterior, pero también es cierto que debemos leer en los signos que nos rodean y buscar en ellos nuestra aportación a este diálogo con otras religiones. No nos cruzaremos con sus máximos líderes, pero seguro que a nuestro alrededor viven personas que las profesan.

No somos conscientes de que por la localización geográfica de nuestro país estamos últimamente recibiendo a seres humanos en precarias condiciones (no conocíamos la palabra 'patera' hasta hace bien poco), que huyen de sus países de origen en busca de una mejora de vida en España o en Europa, encontrando muchas veces la muerte en el intento. Estos son los llamados 'ilegales' (¡como si esa palabra les restase un ápice en su condición de hijos de Dios!) pero... ¿cuál es nuestra actitud ante los legales? Porque lo cierto es que últimamente la mano de obra más barata, más dura y que casi nosotros despreciamos, es aceptada por estos trabajadores. La mayoría son creyentes, como nosotros, y la mayoría creen en un solo Dios, como nosotros. No podemos quedarnos indiferentes ante una realidad como esta, pues como decía Pablo VI 'todo lo que es humano tiene que ver con nosotros'. De nosotros depende el aceptar o no acercarnos a ayudarles viendo en ellos un hijo más del único Dios en el que todos creemos. No podemos olvidar nuestro pasado, y la Acción Católica ha sido pionera en nuestro país en la ayuda a los más necesitados.

Por otro lado, las noticias y nuestro conocimiento de los hebreos están, prácticamente siempre, mediatizados e impregnados de connotaciones políticas. No podemos olvidar que el Santo Padre los definió en una ocasión como 'hermanos mayores en la fe'. Debemos alegrarnos junto al Papa del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre la Sede Apostólica e Israel, procurando estudiar y analizar objetivamente toda la problemática del pueblo de Israel, y estar preparados, en la medida de nuestras posibilidades para trabajar en el diálogo con ellos. "No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios". Con estas rotundas palabras

comienza el punto nº 5 de la Declaración Nostra aetate del Concilio Vaticano II. ¿Cómo amaremos al Padre, al que no vemos, si no amamos a los hombres a los que vemos?

Para poder realizar este acercamiento y diálogo, conviene que reflexionemos sobre las enseñanzas de la Iglesia, que siempre (y en especial desde el Concilio) nos ha invitado a ver "lo que en estas religiones es verdadero y santo... que aunque discrepen mucho de lo que ella (la Iglesia) mantiene y propone, no pocas veces reflejan, sin embargo, un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres" (NA 3).

Pablo VI, en su encíclica *Ecclesiam Suam*, dice: "no queremos negar nuestro respetuoso reconocimiento a los valores espirituales y morales de las diversas confesiones religiosas no cristianas, queriendo promover y defender con ellas los ideales que pueden ser comunes en el campo de la libertad religiosa, de la hermandad humana, de la buena cultura, de la beneficencia social y del orden civil".

Por último, podemos analizar qué es lo que verdaderamente nos impide trabajar con los hombres y mujeres que no comparten nuestra religión. Puede que en el fondo sea un problema de falta de amor, pues leemos en el Concilio: "La relación del hombre con Dios Padre y la relación del hombre con los hombres sus hermanos está tan estrechamente unidas, que dice la Escritura: el que no ama, no ha conocido a Dios (1 Jn 4, 8)" (NA 5).

VER. Partiendo de la vida

1. Presentar hechos de vida que dejen ver nuestra actitud frente a los miembros del Islam: si nos sentimos cerca de ellos puesto que creen también en el único Dios, o si, por el contrario, los prejuicios nos llevan a considerarnos superiores.

2. Hechos de vida que muestren si nuestra actitud ante los hebreos es de considerarles 'hermanos mayores en la fe', el pueblo elegido, a cuya herencia hemos sido invitados a participar por pura gracia de Dios.

3. Podemos citar hechos de vida en los que se vea nuestra reacción ante las muestras de racismo, que llegan a veces a una violencia física mortal.

4. Hechos de vida en los que se vea nuestra colaboración en acciones nobles, aunque hayan sido promovidas por personas de otro credo.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* Dios crea al ser humano a su imagen y semejanza (Gn 1, 26ss).

* Los designios de salvación se extienden a todos los hombres. (Sb 8, 1; 1 Tm 2, 4).

* Dios da la vida a todos los hombres y les impregna con el ansia de buscarle (Hch 17, 26ss).

* El apóstol Pablo nos invita a tener una actitud de paz con todos los hombres (Rm 12, 18).

B) Magisterio de la Iglesia

* Este tema se basa en la Declaración del Concilio Vaticano II Nostra Aetate. Por eso no podemos dejar de leer los nn. 1-5.

* La Constitución Lumen Gentium nos habla en su número 16 de las relaciones con los no cristianos.

* Pablo VI nos habla del diálogo con otras religiones en su encíclica Ecclesiam Suam, capítulo III.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Este tema tiene que habernos hecho reflexionar profundamente y es seguro que ya tendremos algún compromiso en mente. No obstante, sugerimos una serie de pistas para que esta labor nos sea más fácil.

Es muy probable que haya personas inmigrantes necesitadas en nuestras parroquias. A través de la asistente social podemos ayudarlas, no sólo económicamente, Sino viendo también si tienen otras necesidades, como puede ser el aprender nuestro idioma, aprender a leer y escribir, organizar sus papeles de residencia y trabajo, etc.

Hay organizaciones (unas dependen de la Iglesia y otras no) que trabajan y ayudan en los campos de refugiados. En estos campos hay necesidades de todo tipo. Medicinas, dinero y alimentos son siempre necesarios. Podemos comprometernos a trabajar asiduamente con alguna de estas organizaciones.

Como compromiso de grupo sugerimos realizar alguna actividad en nuestro centro en la que se puedan recaudar fondos para ayudar a cualquier organización a las que antes hemos aludido o a alguna familia magrebí que esté pasando necesidades.

TEMA 8 - MARIA SANTISIMA, HIJA PREDILECTA DEL PADRE

"Haced lo que El os diga" (Jn 2, 5)

OBJETIVO

Dios nos indica a cada uno lo mejor que podemos hacer en cada momento. Como María, respondamos confiadamente, por y desde el amor, con disponibilidad plena, haciendo lo que Él nos diga.

INTRODUCCIÓN

"Desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María" (CEC 488).

Dios colmó de dones a santa María, y le asignó una misión única. Después, podía haberla privado de la opción de decidir si quería participar en la preciosísima tarea de ser la Madre de Jesucristo. Pero quiso que ella decidiera. Y cuando el ángel le habló, ella respondió entregándose como esclava por amor.

"En esta respuesta de fe (de María) estaban contenidas una cooperación perfecta con la gracia de Dios que previene y socorre y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones" (RMat 13).

María es especialmente digna de bendición porque acogió la palabra de Dios, creyó en ella, fue obediente a Dios, guardó y conservó esa palabra cuidadosamente en su corazón, y la cumplió fielmente. Ahora que reflexionamos sobre la figura de María santísima, es una buena ocasión para meditar si nosotros también actuamos así.

María se presenta ante los ojos de los hombres como "ejemplo perfecto de amor, tanto a Dios como al prójimo" (TMA 54).

María creyó al ángel del Señor, quiso contribuir a la Obra del Señor, y se entregó plenamente a su tarea: nada menos que ser la Madre de Jesucristo. Para dar un 'sí' como éste al anuncio de su vocación, era necesario que residiera en ella la gracia de Dios: como creía, quiso hacer la voluntad del Padre.

Rápidamente se puso en marcha. Su respuesta de fe no se agotó en dar un sí. Por el contrario, tan pronto supo qué quería el Señor de ella, rebotante de caridad, se sintió aún más animada a colaborar con los demás y se fue a ver a Isabel, esposa de Zacarías. María respondió, pues, con una disponibilidad plena. Por tanto, es también ejemplo de persona que no pone impedimentos a Dios para hacer su voluntad y prestar servicios al prójimo. Siempre se mostró totalmente dispuesta a que el Señor se sirviera de ella para ayudar y salvar a los demás.

María ha recorrido un camino más largo que cualquiera de nosotros en la fe. Ella nos precede, marcha delante de nosotros. Y en su camino no sólo es par; nosotros modelo de fe vivida, sino también coopera sin cesar a la obra de la salvación llevada a cabo por Cristo. Contribuye cotidianamente a la generación y educación de todos nosotros, hijos de la Iglesia. Ella nos invita con afecto e insistencia a acudir a la casa del Padre, e intercede por nosotros ante el Señor.

María nos mostró claramente en Caná que no basta con acercarse o estar cerca de Cristo; hay que escucharle y hacer lo que Él nos diga, creyendo firmemente que nada habrá mejor que lo que Él quiera para nosotros. Nada hay que dudar, nada hay que temer: María, como en Caná, está ahí para interceder por nosotros de una manera poderosa, para que avancemos por el camino de la santidad y finalmente nos salvemos y alcancemos la vida eterna. "Ella, a la que invocamos como Omnipotencia supplex (Omnipotencia suplicante), intercederá ante su divino Hijo, como en las bodas de Caná, para que nada nos falte. Sabemos que su intercesión llega misteriosamente incluso hasta donde no nos atrevemos a pedir. Ella sabe que 'para Dios no hay nada imposible' (Lc 1 37), pues, en las manos divinas, ha sido dócil instrumento en la historia de la salvación. Conociendo la infinita potencia de la gracia de la Redención -mediante la Cruz y la Resurrección de su propio Hijo- Ella, la Theotokos (Madre de Dios) puede decir a todos y a cada uno: 'Haced lo que Él os diga' (Jn 2, 5). ¡ Todo lo que Él os diga!" (Juan Pablo II, Homilía en Huelva, 1993).

VER. Partiendo de la vida

1. Miremos en nuestra vida momentos concretos en los que nuestras respuestas de amor que Dios nos tiene nos haya llevado a gestos de amor con nuestro prójimo, como María en casa de su prima Isabel.

2. Reflexionemos sobre el ejemplo de María en cuanto a obediencia a la voluntad del Padre. Hechos de vida en los que se ponga de manifiesto que en realidad nos esforzamos por sacar adelante nuestra voluntad, o que prestamos: más atención a hacer lo más fácil y cómodo, lo que nos ayuda a ganar en aceptación social, lo que da satisfacción de manera inmediata.

3. Hechos de vida en que se pongan de relieve nuestras actitudes y reacciones en lo relativo a nuestra verdadera vocación personal, si es que verdaderamente nos hemos planteado este tema en el horizonte de la salvación.

4. Busquemos en nuestra vida ocasiones en las que nos hemos sentido instrumentos del amor de Dios para los demás.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

* El cristiano, llamado a hacer la voluntad de Dios: Hb 10, 5-7.

* Una detenida meditación del episodio de las bodas de Caná nos ayuda a descubrir el importante papel de María, y su llamamiento a que sigamos la voluntad del Señor: Jn 2, 1-5.

* Al contemplar detenidamente el misterio de la Anunciación, descubrimos la humildad, la fe y la confianza de María hacia el Señor Lc 1, 26-38. Su fe es activa, la lleva a actuar con plena disponibilidad y entrega: Lc 1, 39-45 y Mt 2,13-15.

B) Magisterio de la Iglesia

* El capítulo octavo de la Constitución Lumen Gentium está dedicado a santa María. De él, podemos detenernos especialmente en los puntos 53 y 61, que nos hablan sobre sus dones, su cooperación en la obra de la salvación, y su papel de Madre de la Iglesia.

* Juan Pablo II dedicó una preciosa encíclica a María, en la que se resalta su respuesta de fe, su plena obediencia a Dios y su enorme valor como cooperadora para nuestra salvación: la Redemptoris Mater. En este sentido, son especialmente recomendables los números 20-24, 42-47.

* Para profundizar en el conocimiento de lo que es la caridad y el servicio como virtud, puede resultar muy edificante la lectura y meditación de los puntos 487-507 del Catecismo.

ACTUAR. Compromiso Apostólico

En el terreno personal, puesto que en este tema hemos contemplado la maravillosa actitud en la fe, en la obediencia y en la caridad de María, sabiéndose hija predilecta del Padre, podemos fijarnos un compromiso personal que contribuya a crecer en una fe profunda e intensa, empezando por acudir con más frecuencia o mejor disposición a los sacramentos como fuente de gracia.

Podemos también fijarnos un compromiso que nos permita crecer en el cultivo de la obediencia, mejor si es obediencia a lo que el Señor nos pide en cada momento.

Si no sabemos bien a qué nos está llamando el Padre, o qué nos está pidiendo, nuestro compromiso puede centrarse en poner los medios para atender a lo que Él quiere para nosotros.

Para aproximarnos más a María como cooperadora en nuestra propia salvación, podemos cultivar alguna de las devociones marianas, como el rezo del Angelus, del Flegina coeli, del Rosario, o de las flores a María, tradición popular del mes de mayo.

Para el compromiso asociado, podemos organizar una romería mariana, o integrarnos con entusiasmo en la preparación de alguna ya en marcha, y acudir finalmente, participando con verdadera devoción y respeto.